

**Jean-Christophe Bailly, *El animal como pensamiento*, trad. L. Felipe Alarcón, Santiago de Chile, Metales pesados, 2014, 99 pp.**

A pesar de que los tópicos sobre los cuales orbita la escritura de Jean-Christophe Bailly sean de lo más amplios –filosofía, teatro, poesía, historia del arte, relatos autobiográficos–, no nos encontramos ante uno de esos pensadores de moda que gozan de traducciones casi instantáneas a las publicaciones de sus textos en el idioma original. Por el contrario, la obra de Bailly es poco conocida dentro del español, contando a la fecha con menos de cinco libros en nuestra lengua.

En lo que respecta a *La versant animal*, traducido aquí como *El animal como pensamiento*, estamos frente al segundo de los tres ensayos donde el autor trabaja la cuestión de la “animalidad” de manera central. Este breve escrito, precedido por *Le Pays des animots* y sucedido por *Le Parti pris des animaux* (aunque Bailly también toca el tópico de manera explícita en otros textos, como por ejemplo en *Le Visible est le caché*), corresponde a la colección “Le rayon des curiosités” dirigida por Suzanne Doppelt. A su vez, en esta edición de Metales Pesados el texto principal está acompañado por un prólogo de Aïcha Liviana Messina, titulado “El pensamiento del animal”, donde se explicita brevemente la premisa sobre la que Bailly articula sus desarrollos: dejar de enfocarse en pensar el animal como un objeto ordinario del mundo (prejuicio que se mantendría incluso en propuestas filosóficamente radicales como las de Heidegger y Lévinas), para atenerse a las torsiones que los animales producen en el pensamiento a partir de su singular existencia. Esta transvaloración –que nos recuerda al planteo derrideano de dejar de meramente mirar al animal para empezar a dejar que éste nos mire– es una invitación abismal a nuevas formas de concebir el encuentro entre seres vivientes, recuperando la sorpresa infantil que implica el existir con eso otro que no se puede conocer. En otras palabras, el espacio por el que deambula la escritura de Bailly es “allí donde el animal es tomado en cuenta no como un objeto de estudio, un motivo alegórico o un contraejemplo, allí donde se abre la sospecha de que el animal es o podría ser él mismo algo así como un pensamiento” (p. 29).

En concreto, el libro está compuesto de 28 capítulos cortos que van de las 2 a las 6 carillas, sin títulos y con un orden que, salvo excepciones, no sigue una lógica secuencial. Además, incluye cuatro imágenes sobre las que se articulan al menos un capítulo para cada una: detalles de *Descanso en la huida a Egipto* de Caravaggio y *La muerte de Procris* de Piero di Cosimo, ambos cuadros analizados por separado y comparados entre sí; la fotografía anónima *Kafka estudiante*, donde se ve al escritor judío y vegano acariciando la oreja de su movedizo perro; y la cebra del tomo I de la *Enciclopedia de todos los animales, incluidos los minerales*, proyecto dirigido por su fallecido amigo Gilles Aillaud en el que Bailly participó activamente. (Cabe men-

cionar que de su participación en los tomos II y IV de la colección surgieron *L'oiseau Nyiro* y *Le sens incorporé* respectivamente, dos textos retomados en el escrito del que nos ocupamos aquí.)

Yuxtaponiendo todo esto no es difícil entender por qué estamos ante un libro de difícil clasificación. *El animal...* no sólo se aleja profundamente de la forma en voga que tienen actualmente los estudios “críticos” del animal –aquel corte angloamericano que trabaja con la ciencia como horizonte último de sentido, en vísperas de un conocimiento preciso y riguroso de “la inteligencia animal”–, sino que asimismo se desenvuelve en un abanico de lo más amplio, que va desde comentarios a filósofos canónicos, como Descartes, hasta relatos de experiencias personales, pasando por la interpretación de las imágenes mencionadas, películas, novelas, poemas, y demás. Incluso llega a escribir una suerte de “poema” para el comienzo del capítulo 24.

Claramente todo esto nos remite nuevamente a *L'animal que donc je suis*, y Bailly no olvida recordárnoslo en más de una ocasión. Sin embargo, aunque se sitúe dentro de una herencia específica, digamos “continental”, Bailly parte poniendo el acento en un filósofo sobre el que esa tradición no repara detenidamente con frecuencia. Más precisamente, el libro abre con un epígrafe del 30º *Tratado* de Plotino ligeramente modificado: “Toda vida es un determinado pensamiento,/ solo que uno es más borroso que otro,/ como lo es también la vida”. La apuesta plotiniana consisten en considerar a cada ser, sin importar sus particularidades, como producción y contemplación simultáneamente, de modo que “el animal, evadido de su condición de objeto del pensamiento, se vuelve él mismo pensamiento, no en tanto que piensa o pensaría (ifinalmente nos importa un comino!), sino porque lo es” (p. 77).

Respecto del epígrafe de Plotino, el autor nos confiesa más adelante, en el capítulo 23 donde lo vuelve a citar, que se trata de la frase que le gustaría iniciase la película sobre animales que nunca realizó. Y, ciertamente, unx puede captar constantemente a lo largo del libro ese aire cinematográfico de la película irrealizada, una suerte de delirio de imágenes que intercambia planos por páginas. El lector no puede evitar sino ser contaminado por sensaciones cinematográficas al servicio de la irrupción de bestias desconocidas. Empero la escritura de Bailly se sitúa justamente en el intento por *seguir* la belleza y el espanto del contacto hombre-animal; experiencia imposible en tanto “no importa lo pacíficos que podamos querer declararnos, lo deseosos que podamos estar de un acercamiento suave y lento, frente a nosotros huyen y se esconden” (p. 22).

Son los animales mismos quienes, sin proponérselo, rompen con la dicotomía clara y distinta que los separó durante tantos siglos del hombre. Nos *miran* con intensidad sin nuestro permiso (o dejan de hacerlo con indiferencia cuando reclamamos su atención). No por nada “lo que se retira bajo ella [la mirada], ante ella, hace la diferencia, el abismo de la diferencia: y esa diferencia difiere cada vez, en cada encuentro, en cada instante” (p. 45). No

más diversidad como derecho abstracto, sino una infinita declinación de lo viviente, una multiplicidad ontológica sólo pensable con las variaciones que los animales están siendo en cada instante.

*El animal...* apunta, en fin, al encuentro de ese instante con la alteridad animal, pero es un proyecto destinado a “fallar”. Una suerte de acompañamiento enormemente anhelado –necesario a la vez que imposible– de los movimientos animales que producen sentido (como el vuelo del murciélago, que en su singular movimiento hace uso de una gramática para trazar un poema en el aire). Tomemos, entre otros, el análisis que hace de “lo abierto”, cruzando la lectura de Heidegger y Agamben con las producciones de Rilke y Hölderlin, o sobre el concepto de *Umwelt* con Uexküll, Merleau-Ponty y Heidegger nuevamente, y veremos patentemente la particular forma con que la que el autor propone repensar lo animal.

En suma, Bailly nos ofrece en esta oportunidad una lectura estético-política de los animales. Ellos, al igual que lxs niñxs, juegan zarathustreanamente y se esconden con jocosidad, pero también pueden ser violentos y estar sumamente asustados. ¿Cómo evitar querer tocarlos, dejando de pretenderlos a la mano, sin abandonarlos? No hay caricia que valga, mas debemos estar a la espera de sus pensamientos para resignificar la soberanía del mundo que compartimos: “la pensatividad de los animales, o al menos lo que busco designar y apuntar así, no es ni un divertimento ni una curiosidad: lo que ella establece es que el mundo en el que vivimos es mirado por otros seres, es que hay un reparto de lo visible entre las criaturas y que una política podría ser inventada a partir de allí, si es que ya no es demasiado tarde” (p. 31).

German E. Di Iorio

**Andrea Cavalletti, *Sugestión. Potencia y límites de la fascinación política*, trad. María Teresa D’Mesa, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2015, 235 pp.**

*Sugestión, Potencia y límites de la fascinación política* es el tercer libro de Andrea Cavalletti que se publica en nuestro país. Lo anteceden *Mitología de la seguridad*, *La ciudad biopolítica* (2010), donde se inicia una lectura espacial del concepto de población en clave foucaultiana, y *Clase. El despertar de la multitud* (2013), que participa de la discusión filosófica contemporánea acerca del concepto de multitud a partir de una novedosa interpretación de una nota benjaminiana en la que se busca distinguir la clase proletaria revolucionaria de la masa impenetrable, compacta y emocionalmente manipulable de la pequeñoburguesía. Heredero legítimo del mejor estilo ensayístico italiano, Cavalletti recorre en sus libros tradiciones diversas del pensamiento europeo con una exquisita técnica de montaje y desmontaje que produce un